



¿Están locos, estos catalanes?



Los castellers de Sant Cugat participaron en la marcha con carteles de apoyo a Romeva

EL MIRADOR

Sergi Pàmies



Quien quiera perder el tiempo comparando multitudes y otros cuadrados de la longitud de la hipotenusa, que lo haga. España es un país libre, aunque los cientos de miles de personas que se manifestaron ayer piensan justo lo contrario. Por eso no dejaron de gritar: "Llibertat, presos polítics!" A estas alturas se debería inventar una nueva unidad de medida que fuera más allá de la decena, el centenar, el millar y el millón. Yo propongo el *independència*, que rima con millón. Es una suma ambigua pero multitudinaria que incluiría cientos de miles de personas con características singulares. ¿Cuáles? No se conforman con manifestarse una o dos veces. Ni con hacerlo sólo en verano o a rebufo de la ilusión de un país imaginado pero inexistente. No. El *independència* reúne a independentistas que también se manifiestan cuando hace frío. Cuando de la poesía de las softlams se pasa a la prosa de las querellas. Cuando el país idealizado exige gente en prisión o refugiados a la espera de una posible extradición. Cuando los que afirman representarlos se enredan en contorsiones electoralistas y pánicos megalómanos difíciles de entender o ensombrecen la convocatoria con rituales más propios de la cultura mártir batasuna que de las liturgias solidarias locales.

En la práctica, el *independència* equivale a cientos de miles de personas que de entrada parece que no vayan a venir y que, dos horas antes de la hora prevista, hacen que en la calle Marina se respiren vibraciones decepcionantes y cierto des-

amparo espacio-tiempo. Pero cuidado: una de las características del *independència* es que siempre responde y que, de repente, el caudal humano aumenta exponencialmente hasta crear aglomeraciones como la que se monta al límite del puente de Marina, cerca de una churrería J.Argiles que no había tenido tanta clientela ni cuando salíamos con hambre del Razmatazz. Las pancartas son elocuentes: a) "¿España, qué quieres más, fusilamientos?" b) "Sobran presos políticos y faltan corruptos presos" y c) "I am abducted".

De entrada, el tono es más reflexivo que festivo pero

Como un regidor de plató televisivo, el helicóptero policial espolea la reacción de los asistentes

enseguida aparece el elemento que cohesiona la *mani*: el helicóptero policial. Cual regidor de plató televisivo, espolea la reacción de los asistentes, que lo insultan (incluso los padres de familia que han venido con cochecitos cargados de niños que relativizan la acusación según la cual llevar niños a una manifestación significa adoctrinarlos y utilizarlos como escudos humanos mientras que llevarlos cada domingo a misa es contribuir a su formación). La actuación del helicóptero es, además de una provocación, un atajo terapéutico. Gente de todo tipo se desgañita insultándolo con un repertorio que no sería el colmo de la variedad. Efecto secundario absurdo: cuando aparece un dron de origen desconocido (podría ser terrorista, ruso o marciano), lo

aplauden. Para certificar la magnitud de la multitud, empiezo a andar, en plan broca humana, contra la corriente natural de la manifestación. Desde Marina/Pujades hasta Marina/Rosselló, tardo más de una hora, abriéndome paso gracias a la ductilidad del *independència*, que abre vías alternativas al torrente principal. Cuanto más te alejas de la cabecera, menos denso es el río, pero la cantidad de gente sigue siendo impresionante. Al anochecer, se instaura el gesto coreográfico de encender la linterna del móvil como en un concierto de Alejandro Sanz. No es una comparación frívola: aquí la gente también canta (*L'Estaca, Els Segadors*) o calla religiosamente cuando se impone un minuto de silencio después de que haya sonado el discurso de Pau Casals. Cuando dice: "I am a catalan", me doy cuenta de que cuando la matemática moderna acepte finalmente el *independència* como medida humana, tendrá que especificar que todos —de una variedad social, de orígenes, de humores, de peinados, de oficios, de precariedades y acentos (¿qué placer escuchar tantas formas de hablar el catalán en un espacio tan reducido!— son catalanes. Luego los políticos hablarán en su nombre y los comentaristas los interpretaremos con más o menos (des)conocimiento de causa. Pero en vez de discutir sobre cuántos son o pensar que son un fenómeno pasajero acobardado por el artículo 155 y la intimidadora arbitrariedad del aparato judicial del Estado, yo sacaré una conclusión que ayer saltaba a la vista. Puede que no estén cohesionados sobre cómo obtener lo que quieren. Pero están tozuda y perseverantemente cohesionados respecto a lo que no quieren.